

JAVIER SAGASTIBERRI

# PERVERSIDAD



erein

# PERVERSIDAD

24

---

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.*

1.ª edición: mayo 2017

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Maquetación:

Erein

© Javier Sagastiberri

© EREIN. Donostia 2017

ISBN: 978-84-9109-226-1

D.L.: SS-560/2017

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: [erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)

[www.erein.eus](http://www.erein.eus)    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: [edizioak@itxaropena.net](mailto:edizioak@itxaropena.net)

[www.itxaropena.net](http://www.itxaropena.net)

JAVIER SAGASTIBERRI

# PERVERSIDAD

erein

# 1

## MUERTE DE UN MARINE



¡Hostias! –exclamó la suboficial de la Ertzaintza Arantza Rentería cuando pudo finalmente echar un vistazo al cadáver.

La suboficial y su compañera, la oficial Itziar Elcoro, examinaban con detenimiento el cuerpo que unos niños habían encontrado esa misma mañana sobre una roca plana, llena de verdín, que destacaba sobre la arena oscura en la parte izquierda de la playa de Azkorri.

La víctima era un soldado: vestía un pantalón de faena de color pardo y una camisa caqui de manga corta. Estaba descalzo y yacía boca arriba, acostado sobre la roca. Su cuello presentaba un tajo horizontal bien visible.

–Parece que ha muerto degollado –comentó Iñigo.

–Pero antes de eso alguien se ha divertido. ¡Qué hijos de puta!

Itziar casi no se atrevía a mirar el rostro de la víctima: un amasijo de carne en el que destacaban las cuencas oculares vacías y sanguinolentas.

—¡Joder! ¡Si es un marine norteamericano! —dijo Jon, otro de los agentes que se había acercado en ese momento a sus compañeros.

—Anda Jon: no delires, ¿qué coño pinta un marine en Euskadi? —Arantza miró a su compañero con incredulidad.

—Que sí. Que conozco bien su uniforme. Además, que hay marines en el sur, en Morón de las Fronteras, creo. Y mira bien su pelo: es muy rubio. Parece un guiri.

—Y tú ¿cómo sabes tanto de uniformes?

—Desde niño colecciono soldados de todo el mundo. Podéis creerme, es un marine. No tengo ninguna duda.

La víctima era rubia y parecía extranjera. Itziar se inquietó al pensar en los problemas que se les venían encima si la víctima era un soldado norteamericano asesinado en Bizkaia y posiblemente torturado. ¿Quién podía estar interesado en torturar a un marine hasta la muerte? Por el momento, decidió guardarse estos pensamientos para sí, al menos hasta que se conociera la identidad de la víctima. Lo que parecía claro es que aquel cadáver no había sido arrojado por el mar a la costa, pues el uniforme estaba casi seco, sólo manchado por una sustancia parda que posiblemente fuera sangre proveniente de la herida del cuello.

Itziar se volvió y contempló el panorama situado a espaldas de sus compañeros. La playa de Azkorri estaba

circundada por altas paredes rocosas, casi verticales, con grandes manchas de vegetación. Desde donde estaban no se observaba ninguna construcción humana. Iba a resultar complicado encontrar testigos, pues la playa era semi-salvaje y bastante aislada. Además, en los días anteriores había diluviado, por lo que poca gente se habría acercado por allí antes de esa mañana. Los asesinos habrían trasladado el cadáver aprovechando la noche.

La ertzaina volvió la vista nuevamente hacia el mar. A la izquierda, en la lejanía, se veían unos molinos de viento que se habían instalado años atrás en el Superpuerto para la obtención de energía eólica. A la derecha, en un promontorio bastante distante de donde se encontraban, se vislumbraba una torre blanca, casi con toda seguridad un faro pequeño.

Amaia y Antxe, de la Científica, trabajaban concentradas, examinando con minuciosidad el terreno de alrededor, buscando las huellas que les ayudaran a determinar cómo y desde dónde habían transportado el cuerpo. Itziar se despidió de ellas y se encaminó hacia el coche con Arantza. Habían aparcado el Golf negro de su compañera en el parking situado a la entrada de la playa, a la que se bajaba andando por un empinado camino mal asfaltado. Caminaron otra vez por la gruesa arena, de un sucio color amarronado, evitando las rocas grandes y pisando con cuidado el suelo irregular lleno de piedras donde se alteraban la arena y la hierba. La ertzaina se detenía de vez en

cuando a examinar el suelo y, en un par de ocasiones, le entraron ganas de tomar alguna fotografía, pues la mezcla de guijarros y de arena componía en el suelo bonitas formas abstractas que le recordaban cuadros de una exposición visitada en compañía del teniente Medina hacía un par de años. A Itziar le invadió la nostalgia que siempre le producía el recuerdo de Medina. Arantza rompió bruscamente el silencio en el que se habían instalado.

—¿Qué pasa Itzi? ¿Por qué miras como una boba al suelo? ¿No esperarás encontrar huellas por aquí? Tal vez algún tanque yanqui ¿no? Este Jon está un poco tocado. Jugando a soldaditos a su edad.

—Bueno, tú le das a los videojuegos —le contestó con una aspereza desacostumbrada, pues Itziar no se encontraba de humor esta mañana para seguir la conversación de su compañera.

La quería mucho y el hecho de ser ellas dos las únicas guipuzcoanas, en un entorno vizcaíno de seguidores incondicionales del Athletic, las unía casi siempre, pero en estos momentos no tenía ganas de hablar, como le sucedía cada vez que un caso se les presentaba de forma tan horrible como este.

Una vez en el parking, Itziar se percató de la presencia de un caserón imponente y aislado que podía contemplarse a la derecha de donde ellas estaban situadas. Era una construcción maciza, de tejado gris con caída casi vertical y que parecía abandonada antes de haberse finalizado



las obras, pues se observaba el esqueleto en hormigón de una escalera en el exterior. Allí no podía vivir nadie. La casa ofrecía un extraño espectáculo que la perturbó de inmediato.

—Arantza, avisa a Amaia y a Antxe. Yo hablo con Xabier. Hemos de averiguar de quién es esa casa y pedir una orden de registro.

—Joder, tienes razón; seguro que lo han torturado allí dentro.

La intuición de Itziar era acertada. Las ventanas laterales habían sido forzadas, arrancadas las tablas que las sellaban, y al fondo de la casa, que no tenía paredes interiores, se veía una única silla a la que probablemente habrían sujetado con cuerdas al prisionero.

En cuanto subieron Amaya y Antxe, Itziar decidió no esperar más y obligó a Arantza a conducir hasta la Central.

—Itzi, cada día estás más rara. Dentro de poco vas a resolver los casos con una bola de cristal; porque acabas de tener una de tus visiones ¿a que sí? —comentó Arantza, enfurruñada con la actitud distante de su compañera.

Itziar callaba, concentrada en sus pensamientos. Tras unos minutos, se atrevió a expresar sus elucubraciones.

—Quizás deberíamos llamar al teniente Medina; lo digo por lo de los marines de Morón de la Frontera.

Arantza se rio con ganas.

—Joder, Itzi, todavía coladita por él. Oyes la palabra Andalucía y ya no piensas en otra cosa.

Itziar no contestó. Arantza continuó la broma:

–Guapo sí que es. Yo diría aún más: está buenísimo. Pero más soso que un talo sin sal. Espero que por lo menos la chistorra merezca la pena.

–Cállate –le contestó Itziar casi gritando, enfadada sobre todo porque sabía que Arantza tenía razón–. No sabes más que decir burradas.

Arantza decidió no profundizar en la herida y se concentró en la carretera. Las ertzainas habían coincidido con Medina durante la investigación del caso de la reina eslava e Itziar enseguida simpatizó con él. Llegó a imaginar que “el teniente”, nunca pensaba en él por su nombre de pila, sentía algo por ella: se ruborizaba en su presencia, se quedaba callado esperando algo, sonreía. Poco después de conocerla, aprovechaba cualquier excusa para llamarla por teléfono, aunque sólo hablaban de trabajo. Ella tampoco fue capaz de ir más allá. ¡Vaya par de gilipollas!, pensaba a veces. Cuando el caso se resolvió y acabó el juicio, le perdió de vista una temporada. Pero no podía dejar de pensar en él. No sabía nada de su vida: podía estar incluso casado, aunque no llevara anillo, en eso ya se había fijado. Le gustaba, le gustaba mucho. Pero también sabía que ella no daría el primer paso. No soportaba el rechazo, era algo que no podía superar. A veces quería imaginar que él sufriría las mismas zozobras, unas ansias idénticas. Pero era imposible saberlo sin arriesgar algo. No hay nada peor que dos tímidos, pensaba en ocasiones.

Pasado un tiempo, Medina la volvió a llamar, y le propuso una cita. Bueno, no fue exactamente una cita: quedaron para visitar una exposición en el Guggenheim. Se sorprendió cuando vio todo lo que sabía de pintura moderna. Se dio cuenta de que sus prejuicios le habían conducido a pensar que un guardia civil no podía estar interesado en ese tipo de cosas. Los clichés sobre esa policía estaban muy arraigados, especialmente en Euskadi. Ella se percató de que en su caso esos prejuicios eran injustificables: ¿Acaso no era ella también policía y al mismo tiempo una persona con múltiples intereses culturales? Pero esto es lo único que pudo descubrir ese día acerca del teniente Medina, pues tras la visita al museo no le propuso ninguna cena romántica. Comieron unos pintxos por la zona. Estuvo muy bien y al mismo tiempo fue penoso. En cuanto agotaron el tema de la pintura la conversación languideció. Itziar se sintió incómoda pero fue incapaz de ir más allá. Él parecía incluso más tímido que ella. Llegó la hora de la despedida: dos besos en la mejilla y la promesa de mantenerse en contacto. Él no volvió a llamar y ella tampoco se atrevió a hacerlo.

Con el paso de los meses empezó a olvidarlo. Y ahora la mención de Morón de la Frontera, la mención de un pueblo andaluz, había hecho aflorar todo el deseo reprimido. Se irritó consigo misma. Decidió no telefonarle, pues la excusa para hacerlo era una tontería.

Tras aparcar en el interior de la Central, las dos guipuzcoanas se dirigieron a las oficinas.

Se reunieron en el despacho del jefe, quien se ocupó de conseguir una orden de registro para que la Científica pudiera trabajar en el interior de la vivienda abandonada.

Itziar, tras tomar un café de máquina con sus compañeros, se despidió hasta el día siguiente.

Decidió nadar unos largos en la Alhóndiga para relajarse. La contemplación del cadáver le había afectado profundamente. No podía olvidar su rostro desfigurado por los golpes. Itziar temía más al dolor que a la muerte y siempre que contemplaba los efectos de la tortura se deprimía. No podía dejar de pensar en el caso mientras nadaba. Sabía que lo más urgente era conocer la identidad de aquel soldado. El hecho de que pudiera ser extranjero también le preocupaba, pues temía las interferencias de otras policías.

Dos días después el cuerpo había sido identificado. Itziar se tranquilizó con la lectura del informe, ya que alejaba el temor de que se tratara de un caso relacionado con los americanos. Al mismo tiempo sintió cierta decepción, pues ya no tenía excusas para contactar con el teniente Medina.

Jon tenía razón: el uniforme era un auténtico uniforme de marine norteamericano, pero la víctima había nacido en Bizkaia. En la identificación constaba que su nombre era Jacobo Macallister Olarizu, un conocido

negurítico que se había hecho famoso tras su espectacular salida del armario, ocurrida tres años atrás.

Hasta ese momento, Jacobo Macallister había ejercido brillantemente la abogacía. Trabajaba en un importante despacho especializado en Derecho mercantil y fiscal, estaba casado y tenía dos hijos.

Sin previo aviso se presentó a la gala Mr. Gay Pride España 2009, concurso que se celebraba dentro de las fiestas del orgullo gay, que tenían lugar todos los años en el barrio madrileño de Chueca. Itziar se demoró en contemplar la fotografía de cuerpo entero, con un mínimo slip, que mostraba a un Jacobo Macallister atlético y hermoso, posando para la prensa tras alzarse con el triunfo en el concurso. La foto no aparecía en El Correo ni en el Deia de los días siguientes, pero era la portada en El Mundo para el País Vasco con el siguiente titular: “El Opus sale del armario”.

Arantza se fijó en que el segundo apellido de la víctima coincidía con el de don Jaime, uno de los principales sospechosos en el caso de la reina eslava.

Itziar y Arantza no estaban muy versadas en las interioridades de la vida social en Bizkaia, por lo que tuvieron que acudir donde su jefe, Xabier Arcelus, para hacerse con una visión de conjunto. Arantza y Xabier no podrían congeniar nunca, pero se soportaban. Itziar pensaba, en cambio, que Xabier era un buen jefe. Aunque no estaba dotado para la investigación sobre el terreno, resultaba de

gran ayuda para construir el marco en el que se desarrollaban las actuaciones policiales, pues, al contrario que las guipuzcoanas, conocía a mucha gente en Bizkaia, tanto en Neguri como en Bilbao. Su afición al golf, deporte en el que había logrado cierto prestigio en la categoría de veteranos, le posibilitaba relacionarse con todas las grandes familias vizcaínas, por lo que resultaba una fuente de información de primer orden. Además, era socio del Athletic y miembro de la peña “Athletic Juvenil”, lo que ampliaba su lista de contactos en la vida social de Bizkaia. Por ello, Arantza e Itziar, en cuanto conocieron la identidad de la víctima, concertaron una reunión con Xabier.

Este les confirmó el parentesco de Jacobo Macallister con don Jaime.

—Es su sobrino. No sé lo que conocéis acerca de la familia Olarizu.

—Sólo sabemos que es una importante familia de Neguri, cercana al Opus Dei. Don Jaime nos comentó que él era el garbanzo negro, y parece que mantenía poco contacto con su familia —comentó Itziar.

—No os lo creáis —dijo Xabier—. Estas familias están más unidas de lo que parece, sobre todo cuando hay una importante herencia por medio. No sé si lo sabéis, pero don Jaime, a pesar de sus más de setenta años, todavía tiene a su padre dando guerra: don Juan Manuel Olarizu.

—¡Joder! ¿Y cuántos años tiene ese carcamal? —preguntó Arantza.

–Creo que ha pasado de los cien. Y con la cabeza bien amueblada todavía. Es una especie de patriarca que dirige de forma dictatorial la vida de todos sus descendientes. Viven casi todos ellos en el enorme palacete que se hizo construir hace unos años cerca de la playa de Ereaga.

–Don Jaime no vive con ellos –recordó Itziar.

–Sí, ha sido el único que realmente se ha independizado del patriarca. Su hermano mayor, Adolfo Olarizu, vivió en el palacio hasta su muerte. Las hermanas solteras de don Jaime siguen viviendo con su padre. Creo que también varios nietos, aunque Jacobo tenía casa aparte. Tras el escándalo de hace tres años don Juan Manuel acogió a la mujer de su nieto y a los dos chiquillos; la pobre tuvo una depresión de caballo. La conozco de vista, juega al golf y es todavía una mujer preciosa. Desde lo de Chueca ella ha desaparecido. El tal Jacobo no se conformó con salir del armario de forma ostentosa, sino que sigue machacando a su familia con un escándalo tras otro. Itziar, sólo tienes que consultar la hemeroteca.

–En ello estoy, pero queríamos que tú nos situaras. Quizás hagamos una visita a su mujer, por si sabe algo.

–¿Qué hacía vestido de marine? –preguntó el jefe.

–Había acudido a una fiesta de disfraces, por lo que parece. Ya sabes que los gays son muy aficionados a los uniformes. Parece que es auténtico.

–Estos ricos son la hostia –comentó Arantza– no se conforman con una imitación comprada en los chinos.

Habr  tenido que comprar el disfraz en algún mercado negro, digo yo.

–Posiblemente lo haya encargado en Estados Unidos. All  no sólo se consiguen armas, sino uniformes y cualquier otra cosa que se te ocurra para los paramilitares.

–Todavía no tenemos el informe de la autopsia, pero a simple vista se ve el castigo que le infligieron. Una brutalidad increíble –comentó Itziar.

–Ya, puede ser cualquier cosa: sexo sódico, o una banda de antigays.  Por dónde vais a empezar?

–Si te parece bien, visitaremos primero a la familia. Aunque ahí no creo que saquemos gran cosa.

–Casi seguro. Se ha convertido en unapestado. Son cercanos al Opus, no me imagino lo que esto habrá sido para ellos.

–Bueno, bienvenidos al mundo real –comentó Arantza–. Primero don Jaime les sale chuloputas. Y ahora un gay escandaloso. Por cierto, está muy bueno. Y con una buena herramienta  vaya desperdicio!

–Arantza, no quiero problemas –le advirtió Xabier, mirándola con severidad–. S  que la otra vez te pasaste un poco con don Jaime. No quiero volver a ver por aquí a otros abogados estirados quejándose.

– Joder! don Jaime se lo buscó. Todavía pienso que fue cómplice en lo de la reina eslava.

–Olvida eso si quieres estar en el caso. Ahora en esta familia son víctimas, no sospechosos.



—¿Y quién puede asegurarnos que la familia no ha contratado a algún sicario para quitarse de en medio a una loca que los ridiculizaba?

—Vale. Tienes razón —Xabier contemporizó con su subordinada, pues no soportaba las largas discusiones en que podían embarcarse, ya que Arantza era incansable— de momento todas las teorías son bienvenidas. Pero que no se te note la tirria que tienes a los de Neguri.

—O.K. jefe

Xabier se conformó con esta promesa de Arantza, aunque su rostro reflejaba escepticismo. Itziar estaba segura de que su compañera no se callaría lo que pensaba ante los pijos. A ella le venía muy bien ese papel de policía mala que su amiga adoptaba de forma espontánea. A veces es necesario un puñetazo en la mesa para ver lo que se esconde detrás de las apariencias, y más en el caso de los neguríticos, siempre maestros en el arte del disimulo. Las veces que había tratado con ellos había sido incapaz de discernir si detrás de su excesiva amabilidad había tan sólo algo de condescendencia o una real ocultación de pruebas. Los ricos casi nunca eran buenos testigos y sólo Arantza era capaz de levantar un poquito la tapa de la caja de caudales en la que se refugiaban para atisbar lo que había en el fondo.

En los días siguientes, las dos guipuzcoanas trabajaron en la oficina, leyendo todo lo que pudieron encontrar sobre

la familia Olarizu y también sobre la salida del armario de Macallister.

Arantza, asistida por las colegas de Delitos Económicos, trabajó en la historia empresarial de la familia, mientras que Itziar se concentró en las actividades sociales, ayudada por Xabier. Aunque los Olarizu ya eran ricos antes de don Juan Manuel, éste era el que había conseguido destacar por encima del resto de la familia. Apostó por el Opus Dei cuando López Rodó y López Bravo llegaron a ministros dentro de los gobiernos franquistas de los años sesenta y ello le proporcionó muchos contratos de obra pública por toda España. La maraña de sociedades que le presentaron a Arantza era casi inextricable, pero en casi todas ellas constaba el nombre de don Juan Manuel. Con el paso de los años el hijo mayor, Adolfo Olarizu, empezó a ocupar puestos en los consejos de administración, y más tarde el hijo de éste, también de nombre Adolfo, le sustituyó. Toda la muchedumbre de hijos y nietos constaban como socios y ocupantes de consejos de administración, pero sólo en puestos decorativos. Incluso don Jaime aparecía, pero éste fue proscrito por su padre desde que montó negocios de hostelería en Marbella de dudosa respetabilidad. Dicha actividad empresarial no deseada por la familia había culminado con la apertura del Britannia, el burdel de lujo que las guipuzcoanas habían tenido que frecuentar durante la investigación del asesinato de la reina eslava.

Jacobo era hijo de un escocés, James Macallister, del que no constaba casi nada, y de una de las hijas de don Juan Manuel. Los dos habían muerto hacía varios años. Jacobo Macallister había aparecido de forma tangencial en las empresas de su abuelo, pues se había especializado en asesoría fiscal y mercantil, con un bufete de abogados que había trabajado no sólo para las empresas de la familia sino para todas las grandes firmas radicadas en Bizkaia. Según le comentaron a Arantza sus colegas, se había especializado en montar estructuras empresariales a sociedades españolas en el extranjero. En Delitos Económicos tenían la sospecha de que el despacho había intervenido en operaciones de blanqueo.

Y de repente, todo se desvanecía. El nombre del abogado desaparecía del bufete y de todas las empresas familiares, coincidiendo la fecha con la de su salida del armario. No había noticia de que se hubiera divorciado de su esposa. Itziar imaginó que por respeto hacia las ideas religiosas de sus parientes sólo se había producido una separación de hecho. Lo más llamativo era que el nombre de Jacobo era eliminado de casi todas las propiedades que había poseído con su mujer, con la que estaba casado en separación de bienes: o había ocultado todo su patrimonio o había sido muy generoso con su familia. Parecía como si hubiera querido compensarlos por el daño que les había causado.

Itziar examinó numerosas fotos de Jacobo con su mujer en “la mirilla” de El Correo, una sección del periódico

dedicada a eventos culturales y sociales que se celebraban en Bilbao. La mujer había ganado algún campeonato de golf en La Galea y él aparecía sobre todo en actos culturales. Ambos eran miembros de la ABAO.

Desde la salida del armario de Jacobo no había ni rastro de ellos. La mujer había dejado de asistir a actos sociales y deportivos; lógico, pues había sufrido una depresión severa. Y por lo que parecía, toda la familia Olarizu estaba tan avergonzada que ninguno de los numerosos parientes de Jacobo se movía de su casa.

Sólo emergía de aquellas ruinas el nuevo Jacobo. Itziar leyó con atención los comentarios de los periodistas sobre la gala de Chueca del orgullo gay. Hacía dos años había tenido un enorme éxito disfrazado de *drag queen* en una de las carrozas del desfile. El escándalo había llegado en la última edición, pues el de Neguri había escenificado en su carroza el martirio de San Sebastián. Las heridas de flecha, según decía la prensa, eran reales, y al final de la cabalgata hubo de ser ingresado en urgencias, pues había sufrido un desmayo por la importante pérdida de sangre que se había provocado. En ello vio la guipuzcoana una nueva vía de investigación, pues quizás las torturas sufridas por la víctima habían sido voluntariamente aceptadas, como parte de una escenificación sadomasoquista llevada hasta el extremo. Se acordó de Gorka, el amigo golfista de Arantza, propietario del “Sirimiri dorado”, y decidió que también convendría hacerle una visita.